

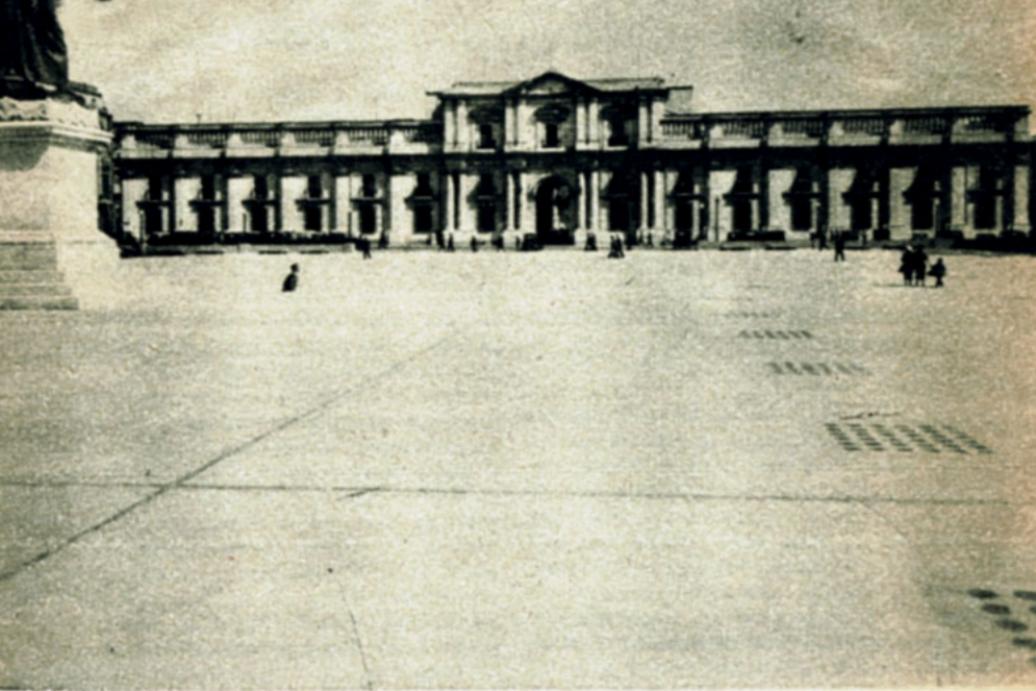
“Los revolucionarios se subieron a la Cordillera de los Andes, dejaron caer mil locomotoras que hicieron polvo la ciudad de Santiago y luego bajaron cantando a tomarse la Moneda”. Así, con estas absurdas palabras describe Jean Giraudoux una “toma” de la Moneda.

Hasta en las obras de los modernos escritores franceses — naturalmente, desfigurada — aparece nuestra vieja Casa de Moneda, de recios muros, de sólida arquitectura, resistente a los embates del tiempo y los elementos.

Quando se combate la plaza desierta que da perspectiva a la Moneda se olvidan los detractores de ella que, al construirla, no se ha hecho otra cosa que volver al pasado, dándole a la Moneda ese mismo cinturón de espacio y amplitud que tenía durante la colonia y durante la reconquista... La comparación de estas dos fotografías lo demuestra plenamente. Sólo que antes la gente usaba sombrilla (como el jinete que se ve en el grabado antiguo) y ahora, por el contrario, somos sinsombreristas.

Si se me preguntara qué me gusta más de Santiago, diría que la Moneda. La Moneda y la Iglesia de Santo Domingo. Santiago es una ciudad que bien podía ser demolida íntegramente, para construirse de nuevo. Nosotros, aparte de esas dos muestras de un viejo estilo y de una antigua vida, nada más tenemos que conservar. Afortunadamente...

La Moneda es el último eslabón de una época pretérita, ¡tan perdida ya para nosotros! El firme estilo neoclásico, los muros espesos, la maravillosa escala de piedra, la fuente donde durante más de un siglo ha cantado su canción el agua, corresponden a una época viril de Chile, la época de nuestra Inde-



pendencia, en que había hombres fuertes, de voluntad espesa como esos muros, y que tenían un corazón que repartía la sangre por las arterias cantando como una fuente.

Una Moneda que nos representara exactamente como somos hoy, debería ser un edificio débil, raquítico, depauperado y valetudinario.

Esa es una razón más para conservar la Moneda. Cotidianamente estará avergonzándonos de lo que somos, al compararnos con lo que fuimos

---

Cuando en el extranjero se nombra la Moneda con la misma familiaridad que en Chile y la gente se impone de que se trata de un edificio — nada menos que del Palacio de Gobierno—, cree que es una casa completamente cilíndrica y aplanada, como un tambor, pintada además de un brillante color metálico imitando el oro.

---

La Moneda se parece a la tranquera de la canción argentina. ¡Ay, si habla-

ra la Moneda las cosas que contaría!...

---

Esas columnas aparejadas que existen en el pórtico de la Moneda, fueron puestas en grupos de dos, para que en su diálogo eterno se cuenten, en secreto, todo lo que saben, todo lo que escuchan, todo lo que ven.

---

Siempre el que penetra en la Moneda lo hace con el busto inclinado hacia atrás, con cierta actitud importante, aunque sólo vaya a depositar una carta en la estafeta que existe dentro.

---

Cuando uno camina de noche por los viejos pasillos de la Moneda, la piedra parece responder al ruido de nuestros pasos con un eco casi humano... Son las almas de los Presidentes muertos, que no se deciden a abandonar el sólido recinto.

(Fotos Turismo).

L. E. D.